

La *Revista Contemporánea* y las vanguardias científicas y literarias

Gonzalo Cataño

Resumen

Este ensayo presenta el contenido y alcance de la *Revista Contemporánea*, una publicación periódica de 1904 y 1905, dirigida por Baldomero Sanín Cano, que hizo especial énfasis en las vanguardias literarias conocidas en la época con el epíteto de “decadentismo”, una modulación más del modernismo proveniente de las letras francesas de finales del siglo XIX. Sus páginas difundieron los hallazgos más significativos de las ciencias naturales y las contribuciones de las ciencias sociales. Concebía la cultura como un todo, como una manifestación del espíritu humano tanto en la esfera creativa del arte y la literatura, en la búsqueda del conocimiento más seguro en los campos de la naturaleza y la vida social.

Abstract

This essay presents the contents and scope of *Revista Contemporánea*, a periodical published between 1904 and 1905. Directed by Baldomero Sanín Cano, it placed special emphasis in the so-called “decadent” literary avant-gardes of that time, a variation of the French modernism literature of the late XIX century. Its pages published the most significant discoveries in natural sciences and contributions from social sciences. It conceived culture as a whole, as an expression of the human spirit, both in the creative sphere of the arts and literature, and in the search for better founded knowledge in the terms of nature and life in a society.

Gonzalo Cataño

Resumo

Este ensaio apresenta o conteúdo e a projeção da Revista Contemporânea, uma publicação periódica de 1904 e 1905, dirigida por Baldomero Sanín Cano, que dava ênfase às vanguardas literárias conhecidas na época com o epíteto de “decadentismo”, uma variação mais do modernismo proveniente das letras francesas do final do século XIX. Suas páginas difundiram as descobertas mais significativas das ciências naturais e as contribuições das ciências sociais. Concebia a cultura como um todo, como uma manifestação do espírito humano tanto na esfera criativa da arte e da literatura quanto na busca do conhecimento mais seguro nos campos da natureza e da vida social.

Palabras clave

Baldomero Sanín Cano
Revista Contemporânea
Vanguardias

Keywords

Baldomero Sanín Cano
Revista Contemporânea
Vanguards

Palavras Clave

Baldomero Sanín Cano
Revista Contemporânea
Vanguardas

En las columnas de la Contemporánea no habrá nunca el ánimo de hacer propaganda a favor de doctrinas de ningún género: ni políticas ni religiosas. En materias de arte, según el pensamiento de los Redactores, la propaganda, o excluye la noción pura de belleza, o lastima su esencia.

Los redactores de La Revista Contemporánea

Ha dicho Rubén Darío, en un reciente artículo, que la república hispanoamericana más semejante a la madre patria es la antigua Nueva Granada. No dudo un momento en la semejanza, si veo a Colombia a través del opaco vidrio de sus gramáticos y sus retóricos, de sus monjas y de sus frailes, de su latín y de su teología; de esa Colombia, rancia y estrecha, ceremoniosa y cortesana, y no por el alma abierta y franca, como balcón cosmopolita adornado con flores del propio terrón nativo y de exóticas tierras, de un artista sabio y sutil, como lo es el alma de un hombre sincero, humilde, sin vanidades, a la manera del cenobita heterodoxo que se llama en Bogotá y en el mundo Baldomero Sanín Cano, y el cual en compañía de buenos muchachos entusiastas, enamorados del arte, dan vida a la Revista Contemporánea.

Redactor de *El Cojo Ilustrado*, Caracas, julio 15 de 1905

En julio de 1905, el catalán Antonio Rubió y Lluch, muy familiarizado con las letras colombianas, le escribió a su amigo José María Rivas Groot de Bogotá sobre la salida de una *Revista Contemporánea* redactada por Baldomero Sanín Cano y Maximiliano Grillo. “¿Trabaja usted en ella?”, lo interrogó. Rivas Groot respondió tres meses después: “Me pregunta usted si trabajo en la *Revista Contemporánea*, y tengo la satisfacción de manifestarle que ninguna intervención tengo en esa publicación, donde en general aparecen escritos de mala tendencia filosófica, y por añadidura en un castellano *decadente* e ininteligible. La pregunta de usted me hace pensar que ya usted había observado esto, si acaso usted ha recibido algún número de esa publicación *neurótica* y enrevesada”.¹

¹ *Epistolario de Miguel Antonio Caro y otros colombianos con Joaquín Rubió y Ors y Antonio Rubió y Lluch*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1982, pp. 178 y 180. Las cursivas pertenecen al original.

Esta era la postura estética dominante en la Colombia de principios del siglo XX. Los énfasis clásicos, el romanticismo y su coloración regional, el costumbrismo, todavía tenían sus adeptos, y las letras españolas imponían el canon de la escritura y del buen decir. Es verdad que el modernismo, una variedad del “decadentismo”, ya había dado sus mejores frutos, Silva y Valencia en Colombia y Rubén Darío en el ámbito latinoamericano, pero también lo es que las academias de la lengua, los diccionarios y las gramáticas impuestas en escuelas, colegios y universidades seguían la tradición hispana en medio de un ostensible conservadurismo moralizante en el léxico, la locución y la escritura. El cultivo del lenguaje apropiado era el alimento de la cultura superior, y el medio más eficaz para infundir prácticas, creencias y comportamientos en la mente de las generaciones que pasaban por el sistema educativo. “Es el bien hablar una de las más claras señales de la gente culta y bien nacida”, había escrito Cuervo en el prólogo a las *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*.²

Contra estos énfasis, los colaboradores más dedicados de la *Revista Contemporánea* defendían un lenguaje abierto y libre, ajeno a las trabas de los académicos. Que la lengua dé lo mejor de sí y que los creadores la conduzcan hasta el límite. Que el verso brille por su musicalidad y su capacidad de sugerencia, y que no se estorbe la forma sutil con que se exalta lo indecible. Que se formen nuevas palabras o se las tome con liberalidad del uso popular y corriente, y que el ritmo haga caso omiso de la férula magisterial de las calcinadas normas de los hierofantes del idioma. Que todas las tradiciones —las terrígenas, las latinoamericanas, las europeas y las orientales— estén disponibles para la creación tanto en los terrenos del arte y la literatura, como en los campos de las ciencias y las humanidades. Nada de temas vedados ni de fuentes prohibidas. El saber no tiene límites. Los americanos serán mejores cuando además de conocer lo suyo, se adentren a las demás culturas sin obstáculos. La inspiración humana es una sola y todos tienen derecho a conocer sus frutos.

² José Rufino Cuervo, *Obras*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1954, vol. I, p. 5.

Fundación de la Revista Contemporánea

La *Revista Contemporánea* surgió de la iniciativa de un grupo de intelectuales reunidos pocos días antes de la llegada del general Rafael Reyes a la Presidencia de la República. A todos ellos los animaba la idea de crear una publicación periódica de ciencias y letras, y la fundación de un establecimiento tipográfico para conferir estabilidad a su proyecto intelectual. Para el desarrollo de estas tareas establecieron, mediante escritura pública registrada el 20 de julio de 1904, la “Sociedad de la Revista Contemporánea”. La dirección de la Sociedad estaba a cargo del “empleado de tranvía y literato” Baldomero Sanín Cano, función que compartía con el escritor Max Grillo, encargado de las finanzas, con Laureano García Ortiz, consejero de redacción, y con el abogado Ricardo Hinestrosa Daza, secretario de la entidad. En calidad de suplentes del cuerpo directivo estaban el poeta y crítico literario Antonio Gómez Restrepo, el bardo Víctor M. Londoño y el abogado Julio C. Rodríguez. Los señores Diego Uribe y Emilio Fergusson se ocupaban del control y vigilancia de las cuentas de la empresa. El capital de la compañía era de 50.000 pesos, divididos en cien acciones nominales de 500 pesos, pagaderos en cinco cuotas (instalamentos), de las cuales las dos primeras habían sido cubiertas en el momento de la fundación de la compañía.³

La identificación profesional de los miembros de la Compañía reflejaba los oficios dominantes de las clases medias y altas de la época: escritores, abogados, comerciantes, empleados, médicos e ingenieros. De acuerdo con la escritura de constitución, los accionistas presentaban los siguientes acentos ocupacionales:

³ Archivo General de la Nación, Escritura pública No. 609 de la Notaría Cuarta del Circuito de Bogotá del 20 de julio de 1904.

**Accionistas de la
“Sociedad Revista Contemporánea”**

Accionista	Cargo en la Sociedad	Profesión
Baldomero Sanín Cano	Presidente de la Sociedad y redactor en jefe de la <i>Revista</i>	Empleado de tranvía y literato
Laureano García Ortiz	Consejero	Gerente de banco
Antonio Gómez Restrepo	Suplente	Gerente de banco
Diego Uribe	Revisor	Gerente de banco
Max Grillo	Gerente	Abogado
Julio C. Rodríguez	Suplente	Abogado
Ricardo Hinestrosa Daza	Secretario	Abogado
Eduardo Posada		Abogado
Enrique Olaya Herrera		Abogado
Gregorio Gutiérrez		Abogado
Gustavo Gaitán		Abogado
Daniel Arias Argáez		Abogado
Guillermo Forero Franco		Ingeniero
Víctor M. Londoño	Suplente	Comerciante
Emilio Fergusson	Revisor	Comerciante
Federico Rivas Frade		Comerciante
Rafael Duque Uribe		Comerciante
Bernardo Plata		Comerciante
Guillermo Posada		Empleado y literato
Ismael López		Empleado y literato
Génaro Payán		Médico cardiovascular
Javier Acosta		Médico cardiovascular

A pesar de la eventual exactitud profesional registrada en la escritura, algunos oficios parecen extraños a los lectores de hoy en día. Nadie identificaría en la actualidad al historiador y crítico literario Antonio Gómez Restrepo y al poeta Diego Uribe como “Gerentes de banco”, al ensayista Max Grillo como “abogado” o al vate Víctor M. Londoño como “comerciante”. El ejercicio de las letras era considerado una vocación interior y no propiamente una profesión de la cual se pudiera derivar la subsistencia. Algo similar ocurre con el historiador Eduardo Posada y con el poeta Daniel Arias Argáez, cuyos afanes intelectuales estuvieron lejos de su ocasional vínculo con la jurisprudencia. Más exacta, sin embargo, fue la caracterización de “empleado y literato” de los bardos Guillermo Posada e Ismael López, el popular Cornelio Hispano de las *Elegías caucanas* y de *El centauro* de Maurice de Guérin, la festejada traducción en verso del relato del escritor francés que tanto le ayudaron a cincelar en su momento Sanín y Víctor M. Londoño.⁴

Pero no sólo las personas registradas en la escritura pública de 1904 integraban la Sociedad. Los socios entraban y salían. En la Asamblea General de Accionistas de agosto de 1905 —cuya acta se publicó en el último número de la revista— aparecieron siete nuevos miembros: Alfredo Ortega, Arturo Jaramillo, Carlos Castro, Francisco Heredia Márquez, Juan de Dios Salgado, Julio C. Arce y Hernando Santos. A ellos se sumó en septiembre del mismo año Aquilino Villegas, un joven llegado de Manizales que había pertenecido al cenáculo de Sanín en las postrimerías del siglo XIX. Villegas ingresó a la Sociedad mediante la compra de las acciones de Hernando Santos y de Arias Argáez, dos rogados y obstinados morosos en el pago de los instalamentos, el fundamento material de la corporación. Las mujeres no aparecían por parte alguna; la compañía era una empresa de “hombres de letras”.

A pesar de la diversidad profesional de los miembros, a todos los unía un amor por la ciencia y las humanidades. Bajo el liderazgo de Sanín —superintendente de una empresa extranjera de tranvía de mulas de Bogotá— médicos, ingenieros, “abogados” y “comerciantes” tejieron los cuadernillos de una publicación que quería difundir lo mejor del pen-

⁴ Víctor M. Londoño, *Obra literaria: verso y prosa*, compilada por Cornelio Hispano, Bogotá, Imprenta Nacional, 1937, pp. 280-282.

samiento contemporáneo. El redactor en jefe era responsable de seleccionar los ensayos que saldrían en cada número y de presidir las reuniones periódicas de la Sociedad. En su labor se veía auxiliado por el gerente, Max Grillo, encargado de atender el régimen interno de la empresa: elaborar los contratos, hacer los pagos, llevar la contabilidad y emprender las diligencias para adquirir un local en el cual se pudiera instalar una imprenta. Grillo tenía experiencia en el asunto. Entre 1892 y 1895 había dirigido la *Revista Gris*, una antecesora en el ánimo y propósitos de la *Contemporánea*.

Por un español sin fronteras

La primera entrega de la *Revista Contemporánea* apareció en octubre de 1904 y la última, la doce, en septiembre de 1905. Un año de vida: doce salidas en doce meses. Sus páginas carecían de publicidad: estaban limpias de anuncios políticos y de avisos de librerías, casas comerciales, instituciones educativas o bufetes profesionales, tan corrientes en las publicaciones periódicas de la época. Se sostenía con las cuotas anticipadas de los accionistas (las ventas callejeras y las suscripciones eran escasas). Para dar seguridad a los lectores de su periodicidad, un diario informó que “la *Revista* será sostenida por lo menos durante un año, aunque no dé los gastos, por falta de apoyo en el público”.⁵ Los primeros seis números —agrupados en un volumen— sumaban 575 páginas, y los otros seis —el segundo volumen— traían otras 576 para un total de 1.151 páginas. Esta fue la revista de Sanín y de sus asociados. No se sabe cuántos ejemplares salían a la calle, pero sospechamos que su número debió ser pequeño: no más de quinientos. A finales del siglo XIX sólo el 5% de la población nacional, de cuatro a cinco millones de habitantes, sabía leer y escribir y aprovecharse de las cuatro operaciones aritméticas.⁶

El primer número marcó la pauta de los demás. Estaba conformado por un cuadernillo de 96 páginas que contenía un ensayo central, una sección literaria con trabajos en prosa y en verso, un texto polémico y un

⁵ *El Mercurio, diario de la tarde*, Bogotá, septiembre 16 de 1904.

⁶ El diario más exitoso de la época era *El Nuevo Tiempo*, que en 1905 anunció una salida de 6.000 ejemplares. Su sección literaria dominical, *El Nuevo Tiempo Literario*, alcanzó, según sus propios registros, 4.000 copias.

conjunto de notas informativas sobre libros, revistas y sucesos culturales. Siguiendo este ordenamiento, algunos números ofrecían traducciones del inglés, francés, italiano o alemán, con textos de Grant Allen, Peter Altenberg, Max Nordau, Gabriele D'Annunzio, Marcel Schwob, Remy de Gourmont, Sully Prudhomme, Jean-Marie Guyau, Stephane Mallarmé y Omar Kayham (de la aplaudida versión inglesa de Edward Fitzgerald). Hubo, igualmente, colaboraciones españolas como las de los jóvenes Juan Ramón Jiménez y Gregorio Martínez Sierra. Los temas literarios dominaban los pliegos de la revista, pero siempre había espacio para los estudios históricos, las informaciones científicas, las controversias y la reseña de libros, personajes y eventos culturales. No se olvidó, por lo demás, de las letras de “nuestra América”, con páginas de Rubén Darío, Rufino Blanco Bombona y A. Fernández García, o de colombianos que escribían en otros idiomas, como el poeta Alfred de Bengoechea en francés o el prosista Santiago Pérez Triana en inglés.

La revista salió a la calle sin noticia que advirtiera propósitos y motivos. Con una frugalidad cercana a la brusquedad, los lectores del número inaugural se encontraron con un largo ensayo de Sanín; con un texto en prosa de Gustavo Gaitán; con unos versos de Francisco (“Pacho”) Valencia, Diego Uribe, Ismael López, Guillermo Valencia y Alfred de Bengoechea; con una extensa reseña de Hineirosa Daza sobre la guerra de los Mil Días, y con reseñas bibliográficas acompañadas de la presentación de tres revistas extranjeras: *Helios* de Madrid y *Les Arts de la Vie* y la *Revue des idées* de París. El ensayo del redactor en jefe, bajo el sencillo título de “El porvenir del castellano”, portaba —sin embargo— el mensaje de renovación y cambio de la revista. En polémica mesurada, pero no por ello menos categórica, Sanín se enfrentó con los metodistas de la gramática, los severos e inflexibles guardianes del idioma de tanta autoridad, poder y tradición en Colombia y España. En réplica a Juan Valera, muy dado a vituperar a los americanos de imitadores serviles de las letras francesas e inglesas —de “modernistas, decadentes y no sé que otros raros epítetos”— Sanín señaló que los escritores del Nuevo Mundo buscaban, ante un castellano enmohecido, diversos caminos de expresión más acordes con el pensamiento moderno. Y preguntó: ¿por qué es decadente el que aprende y se enriquece en otras lenguas y no el

que sigue piadosamente los gastados patrones del español? Los jefes de la lengua castellana parecen olvidar que aquellos que traen de fuera giros nuevos, que importan cadencias ignoradas o reemplazan un cliché por una dicción más elegante y fresca, remozan el idioma materno y le abren posibilidades inéditas de desarrollo. Es verdad que imitar es asunto fácil y peligroso —atrofia la creatividad—, pero también lo es que ello no ocurre con el escritor de talento que conoce el genio del idioma, y que con experiencia y manejo de las complejidades de la escritura se adentra en otras lenguas en pos de nuevas experiencias estéticas. Decadente no es el que innova, sino el que persiste en vías agotadas, el que ignora que una lengua que se estanca, muere. Es por ello que “al español académico y universitario de nuestros días le viene a las mil maravillas el llamarlo decadente: carece de iniciativa y está encenegado en la imitación de los viejos modelos”.

Estas reflexiones, que según un crítico de la época le dieron “el tono a la *Revista*”,⁷ lo llevaron a examinar el papel de los académicos y de sus agrupaciones. Para Sanín, las academias se nutren de una mentira vital afincada en la presunción de que son las depositarias del idioma. Con esta postura se antepone al pueblo, al verdadero y único dueño de las lenguas. Sólo a él le pertenecen: el pueblo las funda y recrea día a día y muchas veces de manera imperceptible, y cuando las abandona, “no hay corporación, ni tirano, ni principios que las salven”. ¿Cuál es entonces la función de los académicos y de sus enaltecidas cofradías? Una bien distinta a su pretensión de “depositarias del idioma”. Son, por el contrario, los custodios de la lengua, su elemento inerte, su dispositivo estático y moderador: “el poder conservador allí donde el pueblo atiende a las funciones de elemento revolucionario”. En este trabajo, laudable como todos los esfuerzos de negación, las academias se ven favorecidas por los escritores tradicionalistas que dilatan un pasado que se resiste a morir. Ello explica que los académicos, los inveterados regentes del habla y de las formas de la escritura, pierdan con frecuencia la moderación y el equilibrio “cuando dan con mozalbetes enredistas que, con sus dichos, y

⁷ Guillermo Camacho [Carrizosa], “Simbolistas y decadentes”, *El Nuevo Tiempo Literario*, Bogotá, 28 de octubre de 1906, p. 464.

malos ejemplos, ponen en peligro aquella cosa intangible que las inmuebles corporaciones creen tener en tutela”.

Las ideas de Sanín no eran nuevas, salvo para los que tenían mala memoria. Muchas de ellas habían circulado, con mayor crudeza, en la sonada polémica de Sarmiento con los intelectuales chilenos de 1842. En lucha contra los disecados marcos del clasismo —eran los años de la afirmación de la escuela romántica en América—, el autor de *Facundo* señaló que era el pueblo y no los gramáticos y escritores el que daba vida al idioma. Allí sostuvo, además, que la única función de los gramáticos y de las academias era la de codificar en sus diccionarios las nuevas palabras y expresiones empleadas por el pueblo, alias vulgo. Tomando prestado el lenguaje de la política para dar fuerza a sus argumentos, declaró que “la soberanía del pueblo tiene todo su valor y su predominio en el idioma; los gramáticos son como el senado conservador, creado para resistir a los embates populares, para conservar la rutina y las tradiciones. Son, a nuestro juicio, si nos perdonan la mala palabra, el partido retrógrado, estacionario, de la sociedad habladora; pero, como los de su clase en política, su derecho está reducido a gritar y desternillarse contra la corrupción, contra los abusos, contra las innovaciones”.⁸

El ensayo de Sanín era uno de los “escritos de mala tendencia filosófica” mencionados por Rivas Groot en su carta a Rubió y Lluch. En sus páginas había, además, una mirada cordial al socialismo como un proceso evolutivo que ya nadie podía eludir. “El mundo se está haciendo socialista a la vista de todos”, escribió sin sonrojarse. Aquí y allá, especialmente en Europa, veía políticas dirigidas a frenar el reino del capital para entregar el fruto del trabajo a aquellos que lo realizaban. Las cooperativas de consumo se extendían, la intervención de los partidos

⁸ Texto de Sarmiento incluido en el libro de Armando Donoso, *Sarmiento en el destierro*, Buenos Aires, M. Gleizer Editor, 1927, p. 50. Un buen registro de las controversias chilenas del romanticismo, se encuentra en el informativo libro del norteamericano A. W. Bunkley, *Vida de Sarmiento*, Buenos Aires, Eudeba, 1966, p. 138 y ss., y en Emir Rodríguez Monegal, *El otro Andrés Bello*, Caracas, Monte Ávila, 1968, pp. 239-318. Miguel Antonio Caro, quien llamaba a Sarmiento “el revoltoso en literatura”, aludió en varias ocasiones a estos debates en sus *Escritos sobre don Andrés Bello*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1981, pp. 13-15, 104-108 y 253. Entre nosotros los ha vuelto a recordar David Jiménez en su ensayo “Miguel Antonio Caro: bellas letras y literatura moderna”, publicado en el libro colectivo, *Miguel Antonio Caro y la cultura de su época*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2002, pp. 240-246.

obreros en los parlamentos cobraba fuerza y el Estado se interesaba por la asistencia social y el control de importantes aspectos de la vida económica ayer considerados como asuntos meramente privados. Todas las reformas que se han “implantado en unas partes [y] las concesiones que de mala guisa [se] han hecho en otras, ya tienen al socialismo obrando en la historia”.⁹

Pero con esto no terminaban las novedades de Sanín. En asuntos de crítica de la cultura también se enfrentó con los marcos tradicionales. En su balance de la obra del cubano Rafael M. Merchán y en su recensión de la exposición del pintor Andrés de Santamaría en la Escuela de Bellas Artes de la capital, señaló las premisas de su postura crítica. A su juicio, la labor del crítico, cualquiera que sea la esfera de la creación —el mundo de la literatura, las artes o las humanidades— es la de comprender el contenido y significado de una obra, no la de censurar para señalar defectos o aplaudir para forzar la admiración del público. “Llamar *buena* o *mala* una obra de arte nada tiene que ver con ella: eso no es sino un dato sobre la inteligencia de los jueces”. Algo similar ocurre cuando se le adhieren tareas extrañas al arte. Los académicos son muy dados a subrayar las funciones formativas de un poema, de un cuadro o de una escultura. Promueven la anécdota, la exaltación de personajes y eventos históricos, o las conductas de carácter moral y religioso aplaudidas por la sociedad. Estas exigencias utilitarias oprimen la obra de arte, son meras transposiciones de exigencias externas cuyo terreno natural son la escuela, la familia y la iglesia. El nuevo espíritu de la crítica señala, por el contrario, que el artista no representa las cosas como son, sino como las percibe, “como yo lo siento” según palabras de Peter Altenberg. El autor crea, no retrata; esto último es labor de la ciencia. No hay entonces que afligirse cuando se observa que en asuntos estéticos una afirmación es al final tan cierta como la contraria. El artista moderno insinúa, no dogmatiza; sugiere e inspira, no asevera ni comprueba; se

⁹ Este interés por el socialismo venía de tiempo atrás, y estuvo siempre muy cerca de su corazón. En una ocasión recordó que hacia 1894 el embajador inglés en Bogotá le facilitaba la *Fortnightly Review*, una de las revistas culturales de mayor circulación en la era victoriana. Con asombro, Sanín se encontró un día con un número entero dedicado al anarquismo y al retrato de sus figuras más representativas. El embajador observó su inquietud y a continuación apuntó: “No se sorprenda, casi todas las personas decentes son hoy socialistas”. B. Sanín Cano, *De mi vida y otras vidas*, Bogotá, ABC, 1949, p. 53.

complace en los contornos vacilantes y suavemente ondeados y sin terminar. El crítico debe atender a esta nueva modulación y no valerse de modelos asfixiantes que empobrecen la percepción de las obras. Merchán era muy dado a encasillar a los escritores y a las tradiciones intelectuales en opresivas escuelas poéticas y en tiránicos géneros literarios que terminaban por mutilar el trabajo de los autores. Contra esto, la crítica de nuestros días “considera inocuas todas las clasificaciones [y] se concentra en comprenderlo todo y hallarlo todo plausible”. El evasivo Marcel Schwob —una de cuyas obras más celebradas, *La cruzada de los niños*, se tradujo en las páginas de la *Contemporánea*— ¿era cuentista, historiador, poeta o ensayista? Uno y otro a la vez sin duda, pero ante todo un artista.

Esta fue una de las enseñanzas más duraderas de la publicación de Sanín y de sus asociados: libertad para el artista y mirada sin ataduras para el crítico. “Para escuchar conceptos irrefragables las gentes no vienen a esta *Revista*”, escribió con furia no exenta de contundencia. Y para observar el contraste de la *Contemporánea* con otras revistas que circulaban en aquellos días, Sanín registró con ironía la aparición de la *Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario*, órgano alentado por “el ardor religioso de un digno sacerdote de Jesucristo [Monseñor Rafael María Carrasquilla]”.¹⁰

La literatura “decadente”

Si Sanín expuso la “filosofía” de la revista, la discusión de las vanguardias literarias, uno de los objetivos más queridos de la *Contemporánea*, fue tarea del gerente Max Grillo. Orientado por dos proclamas de Remy de Gourmont —uno de los críticos más atendidos por el círculo de Sanín—, “una idea nueva vale más que una bella frase” y “nada muere más rápidamente que el estilo que no se apoya sobre la solidez de una obra pensada”, Grillo se enfrentó, sin mencionarlos, con los críticos nacionales de la “literatura decadente”. Recurriendo a la historia con-

¹⁰ Algo parecido hizo Sanín con otras publicaciones confesionales contrarias al espíritu de la *Contemporánea*, como *Lecturas para el Hogar* de Soledad Acosta de Samper o *La Revista Franciscana de Colombia*, “cuyo objeto es la propagación de la fe católica y devolver a la Orden Tercera la grandeza y esplendor que en otro tiempo tuvo en la capital de Colombia”.

jetural, aquello que debió suceder, y al resultado de las investigaciones positivas, presentó un panorama del desarrollo de las artes y de las letras desde los tiempos primitivos hasta nuestros días. A su juicio, en un comienzo el arte fue un brote espontáneo de libertad y vida. Allí el espíritu fue vigoroso, libre, ingenuo, áspero y sincero, y las imágenes que el poeta adoptó estaban en armonía con el entorno que expresaba y quería glorificar. En su mente “los sustantivos eran zarpas no domadas, sangre virgen los adjetivos y rugidos de acción los verbos”. El pueblo creaba los símbolos y los rapsodas interpretaban de manera ingenua lo que vivía y sentía la comunidad. A continuación vino el arte clásico de Grecia y Roma, que se extendió, con sus cambios inevitables, por el medioevo y el Renacimiento, hasta llegar a los comienzos mismos de la era moderna. Con él se entronizó la claridad, la elegancia y el equilibrio de la percepción y de la palabra, y los retóricos —el aliento científico del idioma— formularon las reglas de la preceptiva, los tratados normativos que anunciaban las formas adecuadas de la composición, el habla y la escritura. Pero el espíritu clásico no fue siempre el predominante. Surgía y se opacaba en medio de manifestaciones renovadoras que ponían en cuestión lo establecido y aupaban el arte por sendas desconocidas con técnicas novedosas. “El autor de *Hamleto* (*sic*) parece monstruoso a los mayores ingenios de la época. ¿Cómo no había de parecerlo si violó eternamente las leyes de la poética aristotélica?” Para los innovadores, los códigos salidos de las manos de los retóricos esterilizaban el numen y violentaban la creación. Así, en medio del más crudo clasicismo, llegó el romanticismo, una escuela que barrió con todas las reglas. Revolucionó la sensibilidad y, con furor desconocido, transformó la prosa y el verso haciéndolos más ligeros, más flexibles, más audaces en el movimiento y más variados en acentos y rimas. Después de él las cosas no fueron las mismas en los dominios del arte.

Junto a los cambios en la esfera literaria, la sociedad también se transformó. De las humaredas de la revolución francesa surgió un mundo nuevo con gritos de libertad, afirmación personal y sentimientos de igualdad. *L'ancien régime* quedó atrás, y pueblos enteros convertidos ahora en naciones y Estados independientes con aspiraciones democráticas, se abrían a un futuro incierto pero no por ello menos deseado.

El hombre se emancipó de esclavitudes ancestrales y emprendió una lucha por los derechos individuales y el cultivo y la afirmación de la personalidad. Las tradiciones perdieron su linaje y las autoridades que ayer merecían obediencia y respeto, al momento fueron desatendidas y olvidadas. La imaginación romántica promovió estos nuevos estadios del alma, pero pronto empezó a agotarse: hinchó las velas de lo declamatorio y tras ello surgió una reacción contra los excesos del numen. La respuesta fue el realismo y su énfasis en la minucia y el retrato: el naturalismo. La ciencia había avanzado extraordinariamente y el gusto por el análisis acosaba las mentes más perspicaces.

La nota que caracteriza a la literatura en los últimos cincuenta años —anotó Grillo— [es] la observación como criterio [y] la verdad perseguida aún en los dominios del ensueño y de la armonía plástica... El verso sacude las alas para desprenderse del lugar común; se complace la poesía en penetrar el campo de las ciencias naturales, engrandece los dominios de sus visiones, y desarrolla las síntesis de las filosofías.

En esta labor se hace *impresionista*: registra la excitación interior que le causan los objetos exteriores.

A este nuevo movimiento artístico lo llamó Grillo “literatura de análisis”, noción comprensiva donde “cabén todos los esfuerzos del pensamiento contemporáneo”. Sus integrantes no eran, sin embargo, homogéneos. En su seno había múltiples escuelas —impresionistas, simbolistas y parnasianos—, corrientes que los escritores y preceptistas alojados en las academias y en los marcos del clasicismo consideraron decadentes. En el ámbito poético, que partió de Baudelaire para culminar en la obra de Verlaine, Mallarmé y Rimbaud, fue donde el vocablo cobró mayor fuerza. Como buena parte del lenguaje empleado para caracterizar las escuelas artísticas, la palabra decadencia quería decir muchas cosas y se la empleaba con los más diversos sentidos. Era sin duda una injuria para calificar comportamientos enfermizos, pero también un grito de renovación de quienes buscaban una salida ante los agotados patrones defendidos por los académicos.¹¹ “Como suele acontecer con muchas

¹¹ La polisemia del vocablo llevó a los editores de la revista *Alpha* de Medellín a promover una encuesta entre los escritores acerca del contenido y alcance del “decadentismo” (edición de febrero de 1907).

cosas históricas —apuntó Grillo— los nombres, las palabras, que al principio sirvieron para calificar por mal modo una revolución o una simple escaramuza, se convierten más tarde en lema de la bandera de los revolucionarios”. Tal sucedió con el epíteto “decadente”, un movimiento que a juicio del gerente de la *Contemporánea* perseguía fines bastante nobles: producir innovaciones en las estructuras poéticas fatigadas por la costumbre; cultivar los sentidos mediante el refinamiento de la emoción; afirmar la libertad individual ahogada por autoridades y modelos estéticos, y favorecer la universalidad ante la estrechez de las nociones de raza y patria que impiden la mezcla de idiomas y culturas. Estos rasgos de experimentación y apertura, de alquimia verbal, del registro de lo indecible, de perfumes, sonidos y colores, constituían el fundamento del “castellano *decadente* e ininteligible”, señalado por Rivas Groot en su carta a Rubió y Lluch.¹²

El propio Sanín aportó su cuota al tema de la decadencia en su elusiva nota sobre *Degeneración* (1892-1893), el libro del médico húngaro afincado en París, Max Nordau, obra que promovió las más acaloradas querellas artísticas *fin-de-siècle*. Para Nordau el arte moderno estaba enfermo, degenerado. Poetas, novelistas, dramaturgos, pintores, compositores y filósofos nutrían el pesimismo y habían perdido todo sentido de moralidad. Eran autores atormentados cuyas dudas los llevaban a disipar las nociones de lo bueno y lo malo. Arremetían contra la moral y las costumbres, esquivaban la realidad cotidiana, exaltaban el heroísmo y en medio de la desdicha y una sensibilidad exageradas, se adentraban en las regiones más extremas del inconsciente. Para ellos nada tenía

¹² La cruzada de Rivas Groot contra los decadentes fue un asunto de nunca acabar. Los mencionó indirectamente en la novela *Resurrección* de 1902; los fustigó en *Lo irremediable*, una obra de teatro escrita con Lorenzo Marroquín en 1905; los parodió en varios capítulos de la sonata *Pax* de 1907 (también con Marroquín), y los ridiculizó de nuevo en un relato de 1917, “Un discípulo de Nietzsche”. En estas obras, los decadentes eran personas enfermizas, pálidas, tristes, volubles y melancólicas. La inquina de Rivas contra Sanín y sus amigos venía de 1887, cuando bajo el seudónimo de Brake, Sanín publicó una reseña bastante dura del prólogo de Rivas al florilegio editado por Julio Añez, *El parnaso colombiano*, Bogotá, 1886 y 1887. Ver *El Telegrama del Domingo: parte literaria*, Nos. 19 y 21, Bogotá, diciembre 4 y 18 de 1887. A pesar de la obstinación de estas diatribas, no hay que olvidar que la obra en prosa de Rivas portaba elementos modernistas en medio de un conservadurismo católico que buscaba en Jesucristo la redención del género humano. Ver Klaus Meyer-Minnemann, *La novela hispanoamericana de fin de siglo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1997, capítulo 9.

sentido y todo parecía viable y legítimo. Nordau, de origen judío, arremetió contra todo esto y, en palabras de Sanín, “encarneció con entonación apostólica” las manifestaciones más frescas del arte y el pensamiento europeos de las últimas décadas del siglo XIX. De su tratamiento psico-socio-patológico, tomado de las teorías de Cesare Lombroso, a quien estaba dedicado el libro, no se salvaron Zola, Bourget, Barrés, D’Annunzio, Ibsen, Dostoievski, Tolstoy, Verlaine, Mallarmé y Wagner, el más degenerado de los degenerados. A Verlaine, el jefe de los simbolistas, a quien Rubén Darío consideraba el más grande de los poetas del siglo XIX, lo describió, por ejemplo, como un “espantoso degenerado, de cráneo asimétrico y rostro mongoloide, un vagabundo impulsivo, un dipsómano, un erótico, un soñador emotivo, débil de espíritu, etc., etc.”. En *De sobremesa*, Silva llamó a Nordau “grotesco doctor alemán”, “esquimal miope”, y a su libro de mil páginas, colección “de pedantescas elucubraciones pseudocientíficas”.¹³

Estas ideas, tomadas de Nordau o de sus exegetas, nutrieron la reacción antidecadente en el mundo de habla hispana. En Colombia tuvo su principal exponente en el joven Luis María Mora, graduado en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario con una tesis sobre Balme. En una conferencia de 1903, *De la decadencia y el simbolismo*,¹⁴ que Grillo no citó pero

¹³ José Asunción Silva, *Obra completa*, Madrid, Colección Archivos, 1997, pp. 239-240. Rubén Darío lo incluyó en *Los raros*, donde señaló que “Nordau no deja un solo nombre, entre todos los escritores y artistas contemporáneos, de la aristocracia intelectual, al lado del cual no escriba la correspondiente clasificación diagnóstica: imbécil, idiota, degenerado, loco peligroso”. Rubén Darío, *Los raros*, Santiago de Chile, Ercilla, 1942, p.166. Una muestra de la crítica de Nordau, se encuentra en su retrato de Oscar Wilde publicado por *El Nuevo Tiempo Literario* en su entrega del 11 de agosto de 1903. El número 6 de la *Contemporánea* difundió, igualmente, una amable carta de Nordau al guatemalteco Enrique Gómez Carrillo. Esta caballerosidad de los directores de la revista no los llevó, sin embargo, a perder su sentido crítico ante posturas contrarias a su interés por las nuevas corrientes literarias. Sanín volvió 45 años después sobre la figura del escritor húngaro en su ensayo “Max Nordau y su mundo” (*El Tiempo*, Bogotá, septiembre 18 de 1949, reproducido en *El humanismo y el progreso del hombre*). Allí recordó la suerte de un pensador de considerable influjo en las discusiones literarias *fin-de-siècle* (algunos analistas opinan que él fue quien acuñó esta expresión para caracterizar un estado de ánimo de la cultura europea), y de gran repercusión en el movimiento nacionalista judío que terminó en la creación del estado de Israel (el sionismo), pero que algunos años después —al cumplirse el centenario de su nacimiento— era un autor olvidado y “literariamente desconocido”.

¹⁴ Bogotá, Imprenta Nacional, 1903, reproducida en Luis María Mora, *Los maestros de principios de siglo*, Bogotá, ABC, 1938, pp. 99-164. Las citas provienen de la edición príncipe de 1903. Mora no cayó en la tosquedad de las explicaciones biológico-naturalistas

que sin duda tuvo cerca al redactar su ensayo, expuso con claridad la postura académica. Allí estudió a los decadentes en Europa y a sus representantes en Colombia. Registró los inicios, Baudelaire, y sus desarrollos en Verlaine y Mallarmé, sin olvidarse de uno de los defensores más fervorosos de la nueva escuela: el crítico Remy de Gourmont. Luego analizó las características generales del movimiento al que resumió como un esfuerzo por expresar “confusas perfecciones de inefables estados de la sensibilidad humana”. A juicio de Mora, para los decadentes lo claro, lo preciso, lo concreto, las líneas palpables de las cosas carecían de interés. Su objetivo era elevar la inspiración por los terrenos más oscuros y brumosos con especial inclinación por lo vago y lo indeterminado. Sus miembros “son refinados, perversos, escépticos y enfermizos, y por añadidura todos se proclaman por sí y ante sí redentores y hombres de genio”. Como en Europa, en Colombia los decadentes —los amigos de “enmarañar la frase”— también tuvieron sus antecedentes. Mora recuerda al olvidado José Peregrino de San Miguel, autor de *El misterio de Dios* (Bogotá, 1860), una suerte de *Paradise lost* nacional, quien puso en circulación largos versos sin medida, acompañados de laberintos y de frases incoherentes llenas de vaguedades que los lectores intuían pero que no comprendían. Después vino el barranquillero Abraham Zacarías López Penha, “precursor en Colombia de Guillermo Valencia”, dueño de un lenguaje esotérico, gongorino, ajeno a “la inefable música de la poseía castellana”. Los poemas de este presunto vate, “que pareciera a los cándidos bogotanos producto de un cerebro trastornado,

de Nordau. Su reacción fue ante todo de carácter estético, aunque con frecuencia dejaba traslucir un deseo de unir padecimientos y trastornos psíquicos con la personalidad y modo de vida de los decadentes. La conferencia de Mora fue contestada por el doctor Javier Acosta en “De la decadencia y el simbolismo”, *La Gruta*, Bogotá, julio 13 de 1903. Después vino la arremetida de Guillermo Camacho Carrizosa con el texto ya citado, “Simbolistas y decadentes”, que a su vez fue respondido por Víctor M. Londoño en “La muerte del simbolismo”, *Trofeos*, Bogotá, noviembre 25 de 1906 (reproducido en V. M. Londoño, *Obra literaria: verso y prosa*, ed. cit., pp. 212-217). Camacho Carrizosa volvió al ataque con “Simbolistas y decadentes: bombos mutuos”, en *El Nuevo Tiempo Literario*, No. 35, Bogotá, diciembre 2 de 1906. Carlos Arturo Torres también participó en la polémica con su esclarecedor ensayo, “De las modernas escuelas literarias”, *El Nuevo Tiempo Literario*, mayo 24 de 1903, pp. 1-3, páginas que después integró a su trabajo más comprensivo, “Del movimiento literario en la Europa Contemporánea” de 1906. Ver C. Arturo Torres, *Obras*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 2002, tomo II, pp. 287-329.

era —concluía Mora— la resultante de largos y profundos estudios sobre la obra literaria de unos cuantos neurópatas franceses”.

Pero estos autores fueron sólo el preludio. A continuación llegaron Silva, Valencia y sus prosélitos. Como López Penha, todos venían de Rubén Darío, “poeta y prosista de veras, pero extraviado al modo de Góngora”. Silva fue un bardo de gran sensibilidad, pero su familiaridad con la literatura moderna, la francesa sobre todo, lo acercó a un “pesimismo desconsolador que lo condujo al sepulcro”. En no pocas estrofas dejó entrever el hondo desencanto que se había apoderado de su espíritu que lo llevó a contemplar la vida a través de una flotante neblina de tristeza. Aunque nunca llegó a los estragos de los decadentistas, al aplebeyamiento de la poesía, a veces, sobre todo en *Día de difuntos*, se tomó libertades que lo llevaron a insólitas combinaciones de versos poco afortunados para rapsodas de hábitos aristocráticos. Valencia, su pretendido seguidor, “cabeza de la turbamulta decadente”, fue otra cosa. Como jefe de la “indocta jerigonza”, es con frecuencia indescifrable. Pleno de galicismos para cumplir con los apremios de la rima, ofrece una poesía en lenguaje advenedizo de profundidad postiza. En sus estrofas, de oscuridad fabricada, campean las combinaciones rebuscadas de vocablos de contenido indeciso. Cree que el poeta debe ser oscuro e incomprensible para alcanzar y sugerir agudeza. A ello suma una anarquía de pensamiento. “En el espíritu de Guillermo Valencia tienen cabida todas las hipótesis, todas las teorías, todos los sistemas. Es una antinomia viviente”. En su estadía europea recorrió los senderos trajinados por “Federico Nietzsche, frecuentador de los manicomios”, y en París estudió la obra de los decadentes, “la producción de los escritores a que se refiere Lombroso en sus estudios [sobre el genio y la locura]”. Sus desatinos lo han llevado, además, a odiar la literatura clásica, escuela donde campea la claridad y la medida, la sencillez y el decoro.¹⁵

Al final de su conferencia Mora hizo un llamado a volver por los fueros del clasicismo. A Valencia le aconsejaba que en lugar de los desvaríos decadentes, produjera obras tan perfectas como las de don

¹⁵ Con los años y la afirmación del prestigio de Valencia, Mora atemperó su juicio sobre el autor de *Ritos*. En 1936 lo llamó “nuestro máximo poeta”, pero ello no lo llevó a olvidar por entero sus críticas. Ver Luis María Mora, *Croniquillas de mi ciudad*, Bogotá, ABC, 1936, p. 243-247.

Andrés Bello, que “como grabadas en bronce latino, pasarán sin mengua a las futuras generaciones”. Y a los jóvenes poetas los invitaba a volver por los senderos de “la pura transparencia de la literatura clásica, su severidad majestuosa, su divina sencillez; y en vez de cantar a los dioses muertos [de Grecia y de Roma], cantemos la religión nacional, los triunfos de nuestra época, las alegorías y congojas de nuestro propio corazón”.

En la disertación, Mora no mencionaba a Sanín por parte alguna, pero en posteriores trabajos de sabor autobiográfico registró su magisterio con un vocabulario muy semejante al de su alocución de principios de siglo. En las *Croniquillas de mi ciudad* de 1936, lo llamó “mentor y pontífice de una vacilante, mudable e indefinida tendencia literaria”, y amigo de lo extraño y desconocido para impresionar a los demás. Por su asombroso conocimiento de lenguas extranjeras, era muy dado a la lectura de autores y literaturas exóticas, que arrastraban consigo un número indefinido “de extravagantes paradojas”. A fin de siglo, por ejemplo, le pisaba los talones a Baudelaire y a Verlaine en pos de olores y perfumes, de música y de sensaciones para subrayar la oscuridad del concepto como muestra de excelencia artística. Al no proceder de escuela alguna, sus escritos eran borrosos y carecían de consistencia, cuando no de lógica. No amaba la literatura sencilla, clara, transparente de los pueblos que se bañan en las ondas azules del Mediterráneo.

Prefería, por el contrario, las nieblas tudescas y las brumas desprendidas de las pinturas abstractas de los dramas escandinavos. Estas elecciones lo llevaron a descartar las letras griegas y latinas, donde todo se inunda de luz y el conjunto es simple y vario como la misma naturaleza. Alrededor de su “relampagueante cátedra”, se sentaron, entre otros Guillermo Valencia, Ricardo Hinestrosa Daza, Víctor M. Londoño y Javier Acosta. A José Asunción Silva, “excelso artista que no se pasó de los límites impuestos por el gusto y la belleza”, lo subyugó por la deslumbrante novedad de sus teorías.¹⁶

No cabe duda que la *Contemporánea* difundió muchas de las novedades que inquietaban a Mora y a sus amigos del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. Pero sus páginas no las descubrieron ni

¹⁶ Luis María Mora, *Croniquillas de mi ciudad*, pp. 240-243, y su segundo libro de recuerdos ya citado, *Los maestros de principios de siglo*, p. 5.

fueron las primeras en propagarlas. Ya estaban en el ambiente y circulaban sin dificultad entre los jóvenes. A finales del siglo XIX, las nuevas escuelas artísticas tenían un impulso propio, no sólo las que venían de Francia, las más conocidas y de mayor influencia en los medios hispanoamericanos. También estaban, como lo sospechaba Mora, las corrientes danesas, alemanas e italianas, sin olvidar las eslavas provenientes de la lejana Rusia. Un miembro del grupo de Sanín, el ya mencionado Aquilino Villegas —muy activo en la *Revista Nueva* de Manizales, una publicación similar a la *Contemporánea*—, resumió con perspicacia el clima intelectual de aquel movedizo *fin-de-siècle*:

Por ese entonces [hacia 1895] se inició en la capital de la República un movimiento intelectual de singular alcance. Un librero inteligente, conservador por añadidura [Jorge Roa y su Librería Nueva] dio en introducir los libros de las nuevas corrientes literarias, críticas y filosóficas de Francia. Flaubert, Zola, Goncourt, Maupassant, Daudet; todos los naturalistas se devoraban con ansia por la juventud, y entre los españoles, autores como la señora Pardo Bazán, hacían las delicias de los aficionados. Para esa generación la realidad, o por lo que tal se tomaba en la novela, ejercía una fascinación increíble. Casi al mismo tiempo adquiría Bourget el centro de la novela; y Renan, Lemaitre y Faguet, y sobre todo Taine, fueron los maestros de la crítica.

A poco andar se dio el último paso: un pequeño grupo juvenil que seguía las disciplinas severas de Sanín Cano, escéptico solamente en el fruncido de la comisura de los labios y en la forma de la *boutade*, filósofo crítico superior a los partidos políticos, lleno de fervor en el fondo, aunque él mismo imagine otra cosa, ese grupo juvenil que seguía el empuje de Valencia, leyó a Remigio de Gourmont y el *Mercurio de Francia*. Devoró todos los poetas y escritores novísimos, parnasianos, decadentes y simbolistas a partir de Darío, del viejo Verlaine; a Maeterlinck, D'Annunzio en su propia lengua, Jorge Brandes y Sudermann, Stefan George y los rusos de Gogol a Dostoyewski y Tolstoy y, finalmente, Nietzsche. Todo ese *fin de siglo* inquieto y atrevido y maravilloso cayó sobre la adolescencia y la juventud estudiosa de la capital; y es preciso decirlo, barrió en cierta manera el espíritu lento y pacato de Santafé.

En los cenáculos juveniles, entre los adolescentes y jóvenes de entonces, todas estas lecturas hicieron una impresión definitiva, que se distinguió por la libertad de su sentido crítico. Nosotros nos atrevíamos

a todo; en el camino del pensar no había valla que pudiera detenernos; pero nos era esencialmente antipática cierta vieja literatura adocenada, casera y ciertamente vernácula. En verso se distinguía por la rima fácil, la imagen barata y el asunto trivial, y en prosa por la falta de ideas, o de ideas originales, y el irremediable lugar común. Literatura de alfeñique y de abalorio, no productos del arte, sino artefactos, literatura sin sangre. “Escribe con sangre, nos decía el último maestro venido de Alemania, y aprende que la sangre es espíritu”¹⁷.

La *Contemporánea* recogió estas ideas, pero a ellas unió otra dimensión de la cultura poco común en las revistas literarias: la ciencia.

Difusión de la ciencia

Como lo señalaron los fundadores en la escritura pública de julio de 1904, uno de los objetivos de la revista era sostener una publicación periódica de *ciencias y letras*. Aunque estas últimas tuvieron mayor presencia, las primeras no le iban atrás. La noción de ciencia profesada por el cuerpo de redacción era bastante laxa: todo conocimiento que

¹⁷Aquilino Villegas, *Por qué soy conservador*, Bogotá, Editorial Nueva, 1934, pp. 28-30. El mismo Villegas meditó años después sobre el decadentismo, que en su madurez definió como “un movimiento juvenil hacia la renovación de las formas literarias, cuando era de moda espantarse de la ‘oscuridad’ de los poemas transparentes y luminosos de Darío, Silva o Valencia”. Aquilino Villegas, *Las letras y los hombres*, Bogotá, Biblioteca de Autores Colombianos, 1952, p. 94. Si bien es cierto que la discusión decadentista alcanzó una particular intensidad durante los últimos años del siglo XIX y los primeros del siglo XX —especialmente en las tertulias literarias conocidas con los nombres de Sociedad Caldas, Gruta Simbólica, Gruta de Zarathustra y Sociedad Gutiérrez González (donde Sanín leyó un trabajo sobre Max Nordau)—, no hay que olvidar que la discusión venía de tiempo atrás. En un ensayo redactado poco antes de morir, publicado en *El Porvenir* de Cartagena el 11 de octubre de 1894 con el título de “Románticos y decadentes”, Rafael Núñez arguyó que la nueva escuela constituía un movimiento renovador muy semejante al romanticismo. A juicio de Núñez los decadentes se caracterizaban por la exploración de las interioridades del alma y por el vigor y colorido de la fraseología. Su vocabulario era dispéptico, de difícil digestión, y su estilo raro, atractivo, intenso y de prolongado efecto. Muy inclinados hacia los refinamientos del placer, sus miembros caían con frecuencia en el escepticismo, en la inacción, en el enervamiento de la sensibilidad y en las liviandades del diletantismo. Como Baudelaire, “uno de los fundadores del nuevo gremio literario”, no amaban la familia ni la patria, los amigos o el dinero; “sólo las nubes, las nubes que pasan, las maravillosas nubes”. Al movimiento pertenecían tanto Verlaine como el simbolista Maeterlinck o el impresionista Huysmans. A diferencia de los posteriores críticos del decadentismo, Núñez estuvo lejos de vincular la obra de la escuela con manifestaciones inmorales o con perturbaciones psíquicas y naturales de sus protagonistas. Ver Rafael Núñez, *Los mejores artículos políticos*, Bogotá, Minerva, 1936, pp. 155-164, donde se reproduce el ensayo de *El Porvenir*.

partiera de la observación metódica de la realidad y que tuviera, eventualmente, una aplicación práctica. Allí estaban las ciencias naturales y humanas, junto a las artes aplicadas como la medicina y la ingeniería. Estos acentos expresaban la creciente aceptación del positivismo, “el pan cotidiano de nuestra generación”,¹⁸ en los intelectuales colombianos más abiertos a los inventos y a los descubrimientos de la investigación. Sus páginas incluyeron trabajos de antropología, historia, sociología, geografía y pedagogía. El compositor Guillermo Uribe Holguín meditó sobre la enseñanza y difusión de la música culta; el médico Juan Evangelista Manrique sobre la formación del médico moderno; el ingeniero Alfredo Ortega sobre la arquitectura en Bogotá; Federico Calvo sobre el espiritismo y las movedizas conclusiones científicas de Lombroso; el polifacético doctor Juan de Dios Carrasquilla sobre los meteoritos y la orogenia (la formación de las montañas); el ingeniero Nepomuceno Santamaría sobre la predicción del tiempo (el clima); Fortunato Pereira Gamba acerca de las minas de diamantes y esmeraldas; Francisco Heredia Márquez sobre las querellas entre la medicina alopática y homeopática, y Sanín tornó su curiosidad sobre las incógnitas de la lepra. La mayoría de estas exposiciones tomaban la forma de resúmenes y comentarios de libros, memorias y ensayos publicados en el extranjero. La investigación nacional era muy pobre y las asociaciones científicas tenían una existencia más formal que real. Los autores se acercaban a su tema en calidad de diletantes, de maestros de sí mismos, animados por la idea de divulgar entre sus compatriotas los hallazgos provenientes de los grandes centros del saber. A todos los impulsaba el deseo de promover “una ciencia nacional, un conocimiento de nuestros propios recursos y [una entrada al] gigantesco movimiento que agita hoy al mundo civilizado en todas las esferas de la actividad intelectual” (J. de D. Carrasquilla).

Las ciencias sociales, menos esotéricas que las ciencias de la naturaleza, donde el aficionado se encuentra a sus anchas, estaban aupadas por el interés de conocer el pasado y por explicar algunos problemas que agitaban las conciencias del momento. La historia se vio representada ante todo por el esfuerzo persistente de Eduardo Posada,

¹⁸ Carlos Arturo Torres, *Obras*, ed. cit., tomo II, p. 251.

el primer presidente de la Academia Colombiana de Historia, quien centró su atención en los últimos años de la Colonia y el período que siguió al movimiento de Independencia. Aunque sus trabajos mostraban sensibilidad por los archivos y las fuentes primarias, sus esfuerzos estaban lejos de una historia moderna de intención analítica y capacidad explicativa. Más que historia, sus textos eran crónicas y relatos animados de sucesos olvidados que el autor encontraba dignos de evocar y de traer a la mente de sus lectores. En la *Contemporánea* escribió, con nostalgia, sobre las viejas calles de Bogotá, los antiguos palacios de gobierno y el establecimiento y bondad de algunas comunidades religiosas. Posada esperaba mucho de la historia. En su discurso de apertura de la Academia de octubre de 1902, había señalado que

“debe leerse no sólo como una entretención, sino también como una enseñanza. La historia se repite, y bueno es conocer lo que pasó en otras edades para conjeturar lo que puede suceder en la nuestra..., la historia puede servirnos para conocer los caminos que han conducido a las naciones a la ruina o al engrandecimiento... Por eso la lectura de antiguas narraciones es en extremo provechosa. A los pueblos que cometen faltas, se les dice, con razón, que se olvidan de Dios y de la historia. [No en vano] Bossuet opinaba que ésta era el mejor consejero de los príncipes”¹⁹.

Los estudios de inclinación sociológica portaban un sabor diferente. Los animaba el propósito de describir un modo de vida exótico o establecer generalizaciones y proponer leyes de la evolución social. Un buen ejemplo de lo primero fue el inspirado registro del brasileño Alfredo d'Escragolle Taunay sobre el paisaje y las costumbres de los habitantes de los llanos

¹⁹ Eduardo Posada, *Discursos y conferencias*, Paris, Roger & Chernoviz, 1908, pp. 77-78. La historia que hacía Posada estaba lejos de las exigencias de su colega J. de D. Carrasquilla, quien había llamado la atención sobre los peligros de convertirla en un asunto de imaginación y ensueño para hacerla más sugestiva ante los ojos de los lectores. Carrasquilla escribió en el No. 6 de la *Contemporánea*, que “los estudios prehistóricos, complemento obligado de la historia, sirven para depurar a esta de los efectos de la imaginación y de la fantasía, que a menudo se mezclan a las narraciones de acontecimientos reales, para hacerlas más sugestivas; pues que desde el momento en que los hechos narrados se apartan de las leyes naturales, de los fenómenos que rigen el universo, la historia se convierte en leyenda, tórnase fabulosa, y pierde el augusto carácter que le compete ocupar en el conjunto de los conocimientos humanos”.

de Mato Grosso, tomados de su libro *Inocencia*, una novela muy emparentada con la *María* de Jorge Isaacs. La segunda modalidad estuvo representada por el quebradizo tema de las razas humanas planteado por el abogado Francisco de Paula Borda en su ensayo, “El peligro amarillo y la América Latina”. Borda no definió con claridad sus conceptos de raza y de “peligro amarillo”. Este último le servía tanto para aludir a la presencia del orbe ruso y al surgimiento bélico del Japón moderno, como al imperio demográfico de China y su eventual desbordamiento migratorio hacia Occidente (hecho que llenaba de temor y espasmo a la mayoría de los analistas de la época). En su ensayo, bastante confuso, dividió a la humanidad en dos razas: la aria (proveniente del Himalaya y asentada en Europa) y la turaní (los asiáticos desprendidos de una población que en los tiempos oscuros habitaban la región que circundaba el lago Aral). A estos últimos agregaba sin mayor explicación los negros y los pieles rojas. La raza aria, amiga de la libertad, era, a su juicio, “noble y creadora”, y la turaní, muy inclinada a la idea de seguridad, era “despótica y quietista”. Nada de esto convenció al inquieto Sanín, quien encontró en las páginas de su colega un simplismo que ignoraba las complejidades de un problema todavía en franco debate. “Cosa arbitraria es la división de la especie humana en diferentes razas”, escribió. Para su clasificación se sugiere unas veces la lengua y la historia, y otras la distribución geográfica, la medición de los cráneos, el color de la piel o las eras geológicas, pero todas resultan al final insatisfactorias. El asunto se hace aún más frágil cuando se las diferencia por actitudes y condiciones psicológicas.²⁰ El informado Pérez Triana también participó en el debate, y después de repasar los infundados temores occidentales ante la presunta insurgencia oriental, subrayó, contra las creencias más extendidas, los aspectos positivos de una posible emigración amarilla en América. “Sería tal vez oportuno —indicó— pensar en abrirles las puertas a esos orientales que nos llevarían los brazos que tanto necesitamos para descuajar nuestras selvas, canalizar nuestros ríos, fabricar nuestros puertos y tender nuestros rieles en los flancos cortados o en las entrañas horadadas de nuestras montañas”.

²⁰ Esta no era la primera y única controversia en el seno de la revista. El ensayo de Sanín sobre el impresionismo en Bogotá sufrió sendas embestidas de sus colegas Grillo e Hinestrosa Daza.

En el terreno de la crítica de la cultura, a medio camino entre la sociología y la filosofía, Sanín volvió sobre las paradojas que acompañan la noción de “Civilización cristiana”. Guiado por Nietzsche, mostró que “los valores cristianos están en abierta pugna con la intensidad de la vida”. Si el uso popular de la expresión civilización cristiana anuncia la idea de comprensión, amor y respeto por los demás, la historia de Occidente muestra una experiencia muy diferente. Las naciones que presumen de cristianas han dado las muestras más atroces de guerra, agresión y ruina contra vecinos y pueblos enteros de otros continentes. Las Cruzadas asolaron el Medio Oriente, el descubrimiento de América produjo el exterminio de poblaciones enteras y la devastación de culturas que bien tenían derecho a ocupar un lugar en la historia. Algo semejante sucedió con la milenaria China. Tras el misionero que recorría la Mongolia y el río Amarillo con la Biblia bajo el brazo, llegaron los comerciantes con sus mercancías y fardos de opio. Y cuando los chinos dijeron ¡basta! la culta Inglaterra, la ilustrada Francia y la sabia Alemania recurrieron a las armas, “asesinaron al pueblo de Pekín y saquearon los palacios y archivos que existían cuando Londres y París eran silvestre llanura o pantano deletéreo”. Después de estos ejemplos dantescos ¿qué significado tienen los vocablos que un día se idearon para calificar las empresas más loables del género humano?

Pero la difusión de la ciencia y de las disciplinas aledañas no sólo provenía de los escritos de colombianos que se aventuraban por las diversas especialidades del conocimiento. También se originaba en la recensión de revistas extranjeras como la *Revue Scientifique* y *La Revue des idées; études de critique générale*, bajo la dirección de Edouard Dujardin y del popular Remy de Gourmont. De alguna manera la *Revista Contemporánea* era una réplica de esta última publicación parisina que intentaba unir la literatura con la filosofía y las ciencias, a fin de suscitar una cultura general que superara las estrecheces de la excesiva especialización promovida por los sabios. El acucioso Hinestrosa Daza reseñó los primeros números de *La Revue des idées* y allí registró una variedad de trabajos provenientes de la física, la biología, la fisiología, la geología y el comportamiento animal. A ello sumó las contribuciones de las ciencias humanas, subrayando los ensayos de antropología, sociología, psicología

y economía (la aplicación de las matemáticas a las ciencias sociales), sin olvidar los que aludían a temas de historia de la cultura, de la ciencia y de la filosofía. Entre estos últimos detuvo su mirada en los estudios sobre Nietzsche, una de las figuras más queridas por el círculo de Sanín, cuyo reciente descubrimiento embargaba la atención de los intelectuales europeos. La mente amplia de Hineirosa Daza lo llevó, igualmente, a interesarse por los ensayos de etnología histórica que aparecían en *La Revue des idées*, y entre éstos destacó un trabajo del cubano de nacimiento Paul Lafargue, el yerno de Karl Marx, sobre el mito de Prometeo como expresión de la evolución de la sociedad griega del régimen matriarcal al patriarcal.

Estos esfuerzos de divulgación científica, y de promoción de las vanguardias literarias, le valieron a la *Contemporánea* los aplausos de los lectores más exigentes. El presidente Rafael Reyes, admirador de los hombres de letras,²¹ saludó sus páginas a poco de salir a la calle el primer número. La revista *Lectura y Arte* de Medellín la llamó “la más notable de cuantas se editan en Colombia [por su] acopio de escritos capaces de honrar por sí solos cualquier publicación extranjera”.²² La *Revista Nueva* de Manizales señaló que “en el campo de la crítica, que está tan postrada entre nosotros, esta publicación hará raya honda. [En asuntos de letras] es la revista en jefe”.²³ *El Mercurio*, un vespertino dirigido por Olaya Herrera, informó con sobriedad a sus lectores sobre el contenido del primer número, y de Sanín escribió que era “un escritor nutrido de varia y copiosísima lectura, muy conciso, y por esta razón no siempre de una transparente claridad”.²⁴ *El Cojo Ilustrado* de Caracas, escribió que “la *Contemporánea* es hoy una de las más cultas revistas de Hispanoamérica” y el lugar donde se habían dado cita los amantes de las nuevas corrientes del arte que todo lo someten “a la originalidad de la forma, a la belleza y [a la] novedad del estilo”. Pero también llamaba la atención sobre el olvido de lo nacional. En sus colaboradores encontraba

²¹ Julio H. Palacio, *La historia de mi vida: crónicas inéditas*, Barranquilla, Uninorte, 1992, p. 183.

²² *Lectura y Arte*, Nos. 9 y 10, Medellín, abril de 1905.

²³ *Revista Nueva: Literatura y Ciencias*, entregas 9 y 10, Manizales, noviembre de 1904, p. 335.

²⁴ *El Mercurio, diario de la tarde*, Bogotá, septiembre 16 de 1904.

que lo “genuinamente colombiano, el alma colombiana, en toda su belleza e intensidad se escapa, siendo casi nulo su valor literario”.²⁵

Pero no todos los registros llevaban el hálito del encomio y la lisonja. Guillermo Camacho Carrizosa celebró la salida de la revista desde las páginas de *El Nuevo Tiempo Literario*, pero al momento la emprendió contra el ensayo de Hineztrosa Daza, “Emociones de la Guerra”, la extensa reseña del libro de Max Grillo del mismo título. Camacho lo encontró difuso y paquidérmico, apelmazado y yerto, carente de tersura y fluidez, y más largo que la sombra del *Nocturno* de Silva.²⁶

Final

La *Revista Contemporánea* salía mes tras mes sin interrupción. Nada anunciaba que tuviera dificultades insalvables, excepto los continuos llamados del cuerpo directivo a los miembros de la Sociedad para que cubrieran el valor de la tercera cuota de sostenimiento, y la expresión de cansancio de algunos miembros de la dirección. Cuando en la reunión estatutaria del 30 agosto de 1905 fue reelegida la junta directiva, Max Grillo presentó renuncia a la gerencia de la revista “alegando lo fatigante de la labor” y la conveniencia de “que nuevos hombros con mejores bríos la llevarsen” adelante. Al momento los socios se levantaron y, por unanimidad, le pidieron que considerase su renuncia, pues nadie poseía las dotes administrativas y el interés y celo con los cuales había desempeñado el cargo. Algo parecido ocurrió con el poeta Diego Uribe cuando reveló su deseo de dejar el puesto de Revisor de Cuentas de la Sociedad (acababa de ser nombrado Secretario de Hacienda de Cundinamarca).²⁷

Si el primer número de la *Revista Contemporánea* apareció sin introducción alguna, el último —el doce— terminó abruptamente, esto es, sin despedida; sin un adiós y agradecimiento a los lectores. El material de esta entrega, tan variado como los anteriores —una traducción del

²⁵ *El Cojo Ilustrado*, No. 326, Caracas, julio 15 de 1905, pp. 464-465. Este reclamo aparece también en el atropellado ensayo de Rafael Gutiérrez Girardot, “Tres revistas colombianas de fin de siglo”, *Boletín Cultural y Bibliográfico*, No. 27, Bogotá, 1991, pp. 2-17.

²⁶ Guillermo Camacho [Carrizosa], “A propósito de la *Revista Contemporánea*”, *El Nuevo Tiempo Literario*, Bogotá, noviembre 6 de 1904, pp. 366-368.

²⁷ *El Mercurio, diario de la tarde*, Bogotá, marzo 15 de 1905.

vienés Peter Altenberg, un ensayo histórico de Eduardo Posada, el obituario de Juan Valera a cargo de Saturnino Restrepo, un poema de Pacho Valencia, un texto de Max Grillo y las actas de la reunión estatutaria de la “Sociedad Revista Contemporánea”— no dejaba ver mayores problemas en la marcha de la publicación. Además, del contenido de las actas de la sociedad no se desprendían tensiones en el cuerpo directivo o entre éstos y los colaboradores.²⁸ Todo parecía marchar normalmente y nada indicaba que la próxima salida tuviera inconvenientes. Pero el hecho real es que la entrega número trece nunca apareció y la *Revista Contemporánea* murió en su primer año de vida. Quizá hubo una reunión final para evaluar el estado de cuentas y, aún más, para formalizar su disolución. Lo que sí queda claro es que la Sociedad nunca pudo hacerse a una tipografía y mucho menos a un edificio como querían los signatarios de la escritura de constitución. Los primeros seis números salieron en la Imprenta de Forero Franco & Cía y los demás en la Imprenta de “La Luz”, uno de los establecimientos tipográficos más afamados de la capital a principios de siglo.

¿Por qué desapareció? No es fácil saberlo, pero todo indica que hubo una constelación de factores. Es claro que varios miembros de la Sociedad se atrasaban en sus obligaciones financieras y apenas asistían a las reuniones estatutarias de la entidad. Con ello la revista se fue quedando en manos de la dirección y del grupo de allegados, que además de atender las obligaciones de las ocupaciones de los cuales derivaban su *modus vivendi*, debían asumir gran parte del trabajo editorial. En su año de vida Sanín publicó 21 textos sin contar las traducciones y las notas sin firma; Max Grillo, 14; Eduardo Posada, 6 y Ricardo Hinestrosa Daza 5. Los

²⁸ Es verdad que en mayo de 1905 se manifestó una tensión entre la dirección y algunos miembros de la Sociedad, pero el asunto no parece haber cobrado mayor fuerza. El 19 de mayo *El Nuevo Tiempo* informó a sus lectores que varios de los accionistas de la Sociedad *Revista Contemporánea* “piden, en un memorial al director Supremo, señor Sanín Cano, que, antes de pagar el tercer instalamento, se proceda a hacer nueva elección de Gerente”. El mismo día Sanín respondió al mencionado diario, diciendo que hasta el momento no había recibido memorial alguno, y que “si acaso existiere”, lo haría saber del público. En los números subsiguientes de *El Nuevo Tiempo* los presuntos accionistas en discordia no aclararon sus quejas, pero el rumor quedó en el aire y es de suponer que el hecho fue objeto de la punzante comidilla de los círculos intelectuales de la capital. Ver *El Nuevo Tiempo*, Bogotá, mayo 19 y 23 de 1905, y el texto de la cara interior de la portada del número 9 de la *Contemporánea*.

poetas, los “decadentes”, fueron constantes. Pacho Valencia contribuyó con 6 poemas y Víctor M. Londoño y Guillermo Valencia con 4, además de algunas traducciones. El médico Javier Acosta con 3, más un ensayo de crítica literaria. Personas como el poeta y ensayista Daniel Arias Argáez, el abogado Julio C. Rodríguez y el veterano periodista Enrique Olaya Herrera, futuro presidente de la República, no escribieron artículo alguno para la revista. Un caso ejemplar de ausentismo fue el de Antonio Gómez Restrepo, suplente de Sanín en las labores de dirección. Después de publicar dos poemas de tono “clásico” en el segundo número, abandonó de manera definitiva sus páginas. Gómez Restrepo —un amigo muy cercano de Rubió y Lluch y de Rivas Groot— debió sentirse bastante incómodo entre los “decadentes”. Era un poeta tradicional, continuador de la crítica literaria de Miguel Antonio Caro y de Marcelino Menéndez y Pelayo, los emblemas estéticos que los jóvenes de la *Contemporánea* querían justamente superar y dejar de lado.²⁹

A los anteriores hechos se sumaron los nuevos compromisos de Sanín que dejaban poco tiempo para las labores intelectuales. Desde 1887 Sanín derivaba sus ingresos de la administración del tranvía de mulas de Bogotá, puesto que le había dejado algunas utilidades que invirtió en bienes raíces. Pero a principios de 1905 fue elegido diputado a la Asamblea Nacional por Antioquia —organismo que por algunos meses ejerció las funciones de cuerpo constituyente y las competencias legislativas del Congreso—, y en julio del mismo año asumió la Subsecretaría del Ministerio de Hacienda y Tesoro en reemplazo del cronista de las minucias santafereñas, José María Cordovez Moure.³⁰ A estas obligaciones se sumó su matrimonio con Josefina Piedrahíta, la hija de un colonizador antioqueño asentado en la región de Gachalá, con la que sostuvo un largo idilio que alcanzó los delicados 14 años de noviazgo.³¹ Ante estas elecciones las fatigas editoriales pasaron a un segundo plano hasta hacerse imposibles. Desde 1905 hasta la caída de Reyes en marzo

²⁹ Gómez Restrepo publicó mucho durante los meses de vida de la *Contemporánea*, pero prefirió entregar sus textos a los periódicos o a las gacetas confesionales como la *Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario*.

³⁰ *El Nuevo Tiempo*, Bogotá, julio 10 y 13 de 1905.

³¹ José Cabarico Briceño, “Baldomero Sanín Cano”, *El Tiempo, Lecturas Dominicales*, Bogotá, noviembre 10 de 1946.

de 1909, Sanín sería un diligente funcionario del gobierno. Comenzó como subsecretario, después estuvo al frente del Ministerio de Hacienda y Tesoro en calidad de encargado y a continuación se trasladó a Londres para representar al país ante una compañía inglesa de explotación de esmeraldas.³² A la caída del régimen quedó “en el asfalto”; los nuevos gobernantes suspendieron sus tareas de manera intempestiva. “Quedé en Londres con mi esposa, sin dinero y sin oficio abandonado a mis propias fuerzas”.³³

Permaneció en Europa quince años, y cuando visitó a Colombia en 1924 de paso para la Argentina, país donde pensaba radicarse, era una persona muy distinta a la que había dirigido la *Revista Contemporánea*. “Lo que sé lo aprendí en aquellos fecundos años europeos”, señaló en una entrevista ³⁴. De todas formas, en las últimas páginas de la octava entrega de la revista había escrito –en respuesta a unos críticos– que

“la *Contemporánea* es el surco que unos pocos trabajadores han abierto en la maraña intacta de una selva que parecía impenetrable... Si la *Contemporánea* acaba poco de lo que ha deseado, estará siempre orgullosa, aún después de su muerte, de haber asistido a la iniciación del pensamiento en cerebros tan curiosos como los de estos jóvenes que en sus páginas han descifrado a Mallarmé, han comentado la tiranía de la imaginación en los relatos de las grandes campañas ³⁵ y han renanzado con suprema elegancia y distinción sobre temas” que apenas comprenden los comentaristas de ocasión.

³² Luis Enrique Osorio, “Baldomero Sanín Cano me dijo”, *Vida*, año V, No. 40, Bogotá, noviembre de 1941, pp. 26-29 y 34-35.

³³ Reportaje concedido a el diario *El Tiempo*, Bogotá, mayo 30 de 1937.

³⁴ Ver el texto de José Cabarico Briceño antes citado.

³⁵ Aquí parece aludir a la réplica de Camacho Carrizosa al ensayo de Hinestrosa Daza sobre la guerra de los Mil Días.

Bibliografía

- A.W. Bunkley, *Vida de Sarmiento*, Buenos Aires, Eudeba, 1966, p. 138 y ss., en: Emir Rodríguez Monegal, *El otro Andrés Bello*, Caracas, Monte Ávila, 1968, pp. 239-318.
- Camacho Carrizosa, Guillermo, “A propósito de la *Revista Contemporánea*”, en: *El Nuevo Tiempo Literario*, Bogotá, noviembre 6 de 1904, pp. 366-368.
- , “Simbolistas y decadentes: bombos mutuos” en: *El Nuevo Tiempo Literario*, No. 35, Bogotá, octubre 28 y diciembre 2 de 1906.
- Caro, Miguel Antonio, *Escritos sobre don Andrés Bello*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1981, pp. 13-15, 104-108 y 253.
- Cuervo José Rufino, *Obras*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1954, vol. I, p. 5.
- Donoso, Armando, *Sarmiento en el destierro*, Buenos Aires, M. Gleizer Editor, 1927, p. 50.
- Epistolario de Miguel Antonio Caro y otros colombianos con Joaquín Rubió y Ors y Antonio Rubió y Lluch*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1982, pp. 178 y 180.
- Gutiérrez Girardot, Rafael, “Tres revistas colombianas de fin de siglo”, en: *Boletín Cultural y Bibliográfico*, No. 27, Bogotá, 1991, pp. 2-17.
- Hispano, Cornelio, *Londoño Víctor M., Obra literaria: verso y prosa*, Bogotá, Imprenta Nacional, 1937, pp. 280-282.
- Jiménez, David, “Miguel Antonio Caro: bellas letras y literatura moderna”, en: *Miguel Antonio Caro y la cultura de su época*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2002, pp. 240-246.
- Klaus Meyer-Minnemann, *La novela hispanoamericana de fin de siglo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1997, capítulo 9.
- Mora, Luis María, *Croniquillas de mi ciudad*, Bogotá, ABC, 1936, pp. 240-247.
- , *Los maestros de principios de siglo*, Bogotá, ABC, 1938, pp. 5, 99-164.
- Núñez, Rafael, *Los mejores artículos políticos*, Bogotá, Minerva, 1936, pp. 155-164.
- Londoño, Víctor M., “La muerte del simbolismo”, *Trofeos*, Bogotá, noviembre 25 de 1906, en: V. M. Londoño, *Obra literaria: verso y prosa*, ed. cit., pp. 212-217).
- Osorio, Luis Enrique, “Baldomero Sanín Cano me dijo”, en: *Vida*, año V, No. 40, Bogotá, noviembre de 1941, pp. 26-29 y 34-35.
- Palacio, Julio H., *La historia de mi vida: crónicas inéditas*, Barranquilla, Uninorte, 1992, p. 183.
- Posada, Eduardo, *Discursos y conferencias*, Paris, Roger & Chernoviz, 1908, pp. 77-78.

- Rivas Groot, *Resurrección*, Edición autoral, Bogotá, 1902.
- , *Un discípulo de Nietzsche*, edición autoral, Bogotá, 1917.
- Rivas Groot, Lorenzo Marroquín, *Lo irremediable*, obra de teatro, edición autoral, Bogotá, 1905.
- , *Pax*, edición autoral, Bogotá, 1907.
- Rubén Darío, *Los raros*, Santiago de Chile, Ercilla, 1942, p.166.
- Sanín Cano, Baldomero, *De mi vida y otras vidas*, Bogotá, ABC, 1949, p. 53.
- , “Reseña sobre el prólogo de Rivas Groot a El parnaso colombiano de Julio Añez”, en: *El Telegrama del Domingo: parte literaria*, Nos. 19 y 21, Bogotá, diciembre 4 y 18 de 1887.
- Silva, José Asunción, *Obra completa*, Madrid, Colección Archivos, 1997, pp. 239-240.
- Torres, Carlos Arturo, “De las modernas escuelas literarias”, en: *El Nuevo Tiempo Literario*, mayo 24 de 1903, pp. 1-3, “Del movimiento literario en la Europa Contemporánea” de 1906, en: *Arturo Torres, Obras*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 2002, tomo II, pp. 287-329.
- Villegas, Aquilino, *Por qué soy conservador*, Bogotá, Editorial Nueva, 1934, pp. 28-30.
- , *Las letras y los hombres*, Bogotá, Biblioteca de Autores Colombianos, 1952, p. 94.

Artículos en periódicos y revistas

- El Mercurio, diario de la tarde*, Bogotá, septiembre 16 de 1904.
- El Cojo Ilustrado*, No. 326, Caracas, julio 15 de 1905, pp. 464-465.
- El Nuevo Tiempo*, Bogotá, julio 10 y 13 de 1905.
- Camacho Carrizosa, Guillermo, José Cabarico Briceño, “Baldomero Sanín Cano”, en: *El Tiempo, Lecturas Dominicales*, Bogotá, noviembre 10 de 1946.
- Revista Nueva *Literatura y Ciencias*, Nos 9 y 10, Manizales, noviembre de 1904, p. 335.
- Revista Alpha, Editores, “Contenido y alcance del decadentismo (encuesta)”, en: *Alpha*, Medellín, edición de febrero de 1907.

Gonzalo Cataño

Gonzalo Cataño

Sociólogo. Profesor e investigador de la Universidad Externado de Colombia. Autor de los libros *La sociología en Colombia* (4ª. Edición 2005), *La artesanía intelectual* (2ª edición 2005), *Historia, sociología y política* (1999) y *Afirmaciones y negaciones: maestros del siglo XX* (2005).

Recibido en: 15/09/05

Aprobado en: 30/09/05